

VERSOS DE RETORNO Y OTROS VERSOS *

Caminemos, caminemos,
lentamente hacia la aldea
con la paz puesta en la boca,
y con el alma serena.
Y en los ojos los cristales
que nada enturbian, que llenan
este paisaje de otoño,
de nostalgia y de tristeza.
Los humos de los hogares,
azules, sobre la tierra;
de los hogares templados,
en donde al fuego se sueña,
con otras llamas más hondas
que no consumen y queman.
Las niñas de ojos azules,
y de frente de quimera;
y castillos en el aire,
áureos castillos que encierran
el tesoro de los cuentos
de Blanca Nieve, la buena.
Las niñas que aguardan siempre,
aguardan a quien no llega,
¡niñas tristes de los pueblos,
siempre al amor de la reja!

Soñemos todo lo bueno,
caminito de la aldea,
con la paz puesta en la boca
y con el alma serena.

(*) Véase la nota del señor Angel J. Battistessa que sigue a estas composiciones.

NOCHE DE SAN JUAN

En el remanso de la tarde,
se ha posado un recuerdo;
— su dulce sombra triste,
sus ojos negros —.

La fiesta de San Juan
ardía en el pueblo.
Nosotros en la seda del silencio,
bordábamos mirándonos
nuestros pensamientos.
Y la luna en lo alto
nos descubrió el secreto.
En el mundo, nosotros,
la luna y el silencio.

*

Tenías hasta
el corazón moreno:
toda trenzas
y ojos negros:
y el fondo real,
de un blanco ¡tan verdadero!
y el contraste
de lo blanco con lo negro.

Tu hermanita la rubia, era
para vista desde lejos,
o de cerca en quietas tardes grises:
doble cielo
de sus ojos, por azul
y verdadero.
¡Oh si las dos fuérais una,
amor uno y un sendero,
camino a la vez de oro
y moreno!

ROMANCE

Los ecos de la verbena
se los lleva la alborada
sobre sus caderas finas,
de sangre, de oro y de nácar.

Está la noche borrosa.
Están tocando campanas.

Que es domingo, niñas, hoy;
vamos a misa de alba.

Caerán los golpes de pecho,
sobre la roja mirada
de aquel clavel incendiado,
en tu corazón de plata.
Y dirás: "Señor, perdón"
con la vocecita clara
con que dijiste: "Te quiero"
cuando la luna alumbraba.
Y pensarás: "¡Oh! Dios mío,
tú el señor y yo la esclava",
como pensaste en la noche:
"¡Tú el amado y yo la amada!"

ROMANCE DEL AMOR NUEVO

En el monte nuestro amor
se ha vestido de romero.

Vamos, niña
a recogerlo.

Antes que la noche oscura
despierte los lobos negros,
antes que todas las ramas
cedan su color al viento.
No es buena noche de luna,
ni tampoco de luceros,
que a lo mejor confundidos
con la oscuridad y el miedo
traemos tomillo en flor,
en vez de flor de romero.
Vamos niña a la mañana
escuchando los silencios,
que a lo mejor a la tarde
se habrá secado el romero
y con el alma sin luz,
y con los dos ojos ciegos,
entristecidos tornemos.

Vamos por romero ya,
vamos los dos por romero,
vamos, niña,
de la mano a recogerlo.

ROMANCE DE LA LUNA SOLA

La luna es rueda de un carro,
que tenía cuatro ruedas.
Yo le pregunté a la luna:
¿dónde están tus compañeras?
—¿La de oro? Esa se fué,
rueda que te rueda, rueda
a juntarse con su hermana
dormida sobre las trenzas
de tu novia.

La de diamante
también se fué hacia la tierra,
y se encontró allí un hermano
en su corazón de piedra.
La de cristal se rompió
caminito de la tierra:
yo supe después que fué
porque los hombres no vieran
que era negra turbiedad
la que creían transparencia.

—¿Y tú, LUNA?

Aquí me tienes,
rueda que te rueda, rueda
sin compañeras ni carro,
esperando que me quieras.

EXEQUIAS

He aquí que mayo
ha florecido y ha pasado.

Está el paseo intacto,
y el pie sigue tan ávido.
Y el álamo está intacto,
y la cifra esperando,
y esperando
la mano
y todo está esperando!

¿Para qué tanto
decir y decir:
¿cuando florezca mayo!?

Yo no quería pensar
el florecer de mayo.
Mejor en un recodo
de silencio esperarlo:
el corazón abierto,
alerta y justo el labio;
la tensión en el músculo,
y la flecha en el arco.
Seguro el pensamiento
que poco importa el blanco.

He aquí que en caballo
del santo rey Fernando,
como todos los años
se nos ha ido mayo.

Restituyo a la aljaba
flecha, y músculo al descanso,
y mi cuerpo y mi mano
apoyo sobre el arco.

El arte ya es más corto,
y el camino más largo.

*

Madre, por la calle pasan
carros de Caballería;
vienen cargados de paja.
Me traen sabor de era,
olor de tarde romántica,
—¡tardes de agosto
riberas todavía no mojadas!—
caminito de la era
y color de mies trillada;
que vimos ponerse verde,
pálida
después, y luego crugir
al hacerse paja.
¡Tardes de agosto! ¡Caminos
silenciosos de la Infancia!

—
*

Porque dice el Señor
que será en vano
adelantarse al alba,
después de amanecer me he levantado;
a comer el pan
amargo,
que nos puso la vida.

He llorado,
pensando que algún día
pueda partir mi pan con otros labios.

*

El cura
del cementerio
va en su coche.
El caballo y el cochero,
son los mismos
que se llevan los muertos.

Cuando muera el señor cura,
dirán caballo y cochero
si va un muerto o va un vivo
camino del cementerio.

DOMINGO

Ahora ya fina seda
el corazón latiendo
sin rozadura amarga,
¡qué dulce la subida
de vuelta de la tarde!
¡Qué grata la bajada,
retorno sobre césped!

Y no importa que sea
el aire gasolina;
que los colores sean
amarillo canario
y verdes inmorales:
por encima de todo
el aire sigue siendo
el aire. Hay vencejos
que en la boca al oído,
y en la vista al recuerdo
me traen la silueta
de una torre de pueblo.

PRELUDIO

¡Sitio en la rueda!
Entre palmera y ave.
— . . . la rueda más hermosa . . .
Palmera, soy el aire;
venid y vamos, vientos.
No soy el viento, ave,
soy el árbol; venid,
venid y vamos, árboles.

— . . . en medio de la plaza . . .
Sí, en medio está manándose
la fuente. Soy la piedra
que tu secreto sabe.
Venid y vamos todos,
¿plata y nieve a qué saben?

. . . al salir del colegio, mi vida,
(las cinco de la tarde),
al salir del colegio, mi alma,
me encontré . . . ¿Qué encontraste?
. . . un peral
ta ra ra.
Venid y vamos todos,
con el alma a otra parte.

*

Oh mar, ¿me has olvidado?
Yo soy el niño pálido
que ponía su huella
sobre la fina arena,
porque tú en una rápida
venida y vuelta a ir
de tu pie, la borraras.

Todavía en mi cabeza,
como antes, mi huella
se te graba en la arena,
y como antes vienes
en tu fuga
de espumas,
y la borras y vuelves.

—Pero,
se está borrando el pensamiento.

Ahora este marinero,
recién puesto de blanco
(¿cómo hasta aquí ha llegado,
sin romperse, oh espuma,
este pedazo blanco
de tu fuga?)
te ha traído flotando
en su cinta azul,
te ha traído impaciente
puesto en sus pantalones,
te ha traído oloroso no sé como la breña
ni por dónde ha venido,
te ha traído y te siente
mi pie desnudo y leve
desnuda y leve arena.
queriéndome y dejándome.

Al menos voluntad.

*

Pastor dulce de recuerdos,
vestido triste de ausencias,
por montes de soledades
guardando las tardes muertas.
Por montes de soledades
y esperando que otras vengan;
cayado débil de lágrimas,
oyendo balar estrellas.
Mis ganados son tan mansos
que pintan lienzos de aquellas
colinas, de no sé donde,
ilustradas con presencias
de algún cuando reclinado
aquí lejos, o allá cerca.
Cuandos y dondes ausentes,
que no eran, cuando eran,
y que muertos os mecéis
a mí vera, vera, vera.

JOSÉ A. MUÑOZ ROJAS.

NOTA

La leve apostilla prosaica que ponemos a estas composiciones de un poeta de España, no tiene más propósito que el de destacar, frente al lector de VERBUM, un fino temperamento de artista.

La producción de José Muñoz Rojas llena ya muchas páginas, casi todas logradas. Escritor muy joven, bien podría

hacer suyos aquellos versos con que Alfredo de Musset finalizaba uno de sus mejores sonetos:

Mes premiers vers sont d'un enfant,
Les seconds d'un adolescent.
Les derniers a peine d'un homme.

José Muñoz Rojas nació en 1909, en Antequera, lindo rincón andaluz, pingüe villorrio con honores de ciudad que, recostado en un repecho de la sierra de Torcales, se pinta, con el blanco de sus muros y el gris de sus tejados, sobre el verde risueño de la vega circundante.

Es Antequera — la romana Anti-Karia — uno de los centros urbanos más prósperos y hasta más industriosos de la región malagueña, pero su ritmo y su fisonomía son — ¡dichosamente! — el ritmo y la fisonomía de las viejas ciudades españolas: callejuelas pacíficas y plazas soledosas, por donde discurre un vivir sosegado, menudo, azorinesco.

Allí, en la ancha casa solariega, cuyos cuartos brindan holguras de salón, entre mimos y juegos, sin sombras ni contrastes, corrieron los años juveniles de José Muñoz Rojas.

A la algazara infantil, al ruido y al estrépito, el niño prefería, sin embargo, el entretenimiento pausado y el quehacer melancólico. Como Rimbaud — el Rimbaud infante que requería a una arcaica alacena enternecedoras antiguallas — José Muñoz Rojas fué también cuando chico un pío inquisidor de viejos muebles. De viejos muebles y de viejos libros. ¡Los gruesos tomos en vitela, los cuadernillos en papel amarillento, las hojas miniadas de los cantorales, el autógrafo de Santa Teresa! La añeja biblioteca monástica dependiente del solar paterno siempre estuvo al alcance de este niño tempranamente asomado a las inquietudes nuevas.

Antes de los diez años esos ocios se interrumpen. José Muñoz Rojas inicia sus tareas escolares en Málaga. Muy luego las prosigue en la capital española, y, ya adolescente, no tarda en ingresar a los cursos de jurisprudencia de la Universidad Central. Al salir del colegio su bagaje poético moderno no pasa

de Zorrilla, Espronceda y Núñez de Arce, autores familiares en el círculo casero de sus vacaciones veraniegas.

Con sensibilidad predispuesta, pronto se dirige, al hilo de lecturas diestramente escogidas, hacia autores de una más viva actualidad. Bien se nota ello en sus poesías, por lo menos, cosa muy natural, en las de los primeros ensayos. Y, como la mejor manera de apreciar la calidad profunda de un poeta es la de puntualizar sus influencias iniciales, digamos aquí dos palabras acerca de esas influencias.

En arte — la reflexión es de Rodín — quien no puede exhibir una filiación espiritual inequívoca es, en casi todos los casos, una especie de bastardo. En otra situación está nuestro poeta. Sus composiciones, incluso las que van impresas en estas páginas, muestran patente, a través de su certera novedad expresiva, un alto, ininterrumpido y españolísimo linaje: sugerencias más que descripciones de paisajes andaluces (*Domingo, Noche de San Juan*), motivos populares aristocráticamente estilizados (su magnífica serie de romances o el originalísimo *Preludio*, construido sobre un tema tan trillado como el del "Venid y vamos todos. . ."), ecos a veces lejanos, a veces próximos, del lirismo de Antonio Machado (*Romance del amor nuevo*), de Juan Ramón Jiménez (*Exequias, Madre, por la calle pasan carros de caballería*), de Federico García Lorca (*Romance de luna sola*), etc. Simpática repercusión — nunca imitación — de los poetas de última hora hay en esos versos de José Muñoz Rojas, que acogen asimismo resonancias secularmente remotas, no sólo del folk-lore, sino también de la literatura. Si se quisiera proponer un ejemplo extremo, acaso ninguno más evidente que el *Romance de las trompetas de mi entedadera*, con sus claras reminiscencias del Cántico espiritual de San Juan de la Cruz:

Trompetas que estáis tocando,
abiertas en mi ventana,
marchas de color y de aroma
decidme si esta mañana
os dejó aroma o color
al pasar mi rubia amada.
Que oí a los montes brincar,
y a los ríos dar palmadas:

mas cuando acerté a acudir
era sin duda pasada:
que estaban los montes quietos
y estaban las aguas mansas.
.....

La nota moderna, inmediata, novísima de los versos de José Muñoz Rojas aflora, pues, como tantas otras excelencias de la llamada nueva sensibilidad poética, de un fondo de noble y depurado tradicionalismo.

Cuando el espacio y la ocasión lo consientan, valdrá la pena insistir sobre esta aleccionante paradoja.

ANGEL J. BATTISTESSA.